

HOMENAJE A SALVADOR SEGUÍ

CRÓNICAS SOBRE SALVADOR SEGUÍ

I. EL ASESINATO DE SALVADOR SEGUÍ

Manuel Salas

Publicado en Polémica, 1 abril 1983

No sentimos inclinación al anulador y pernicioso culto a la personalidad y menos aún, al farisaico sentimiento reverencial de los muertos. Sin embargo, por los ásperos caminos de la historia del movimiento obrero han pasado figuras cuya actuación, sacrificio y capacidad son ineludible punto de referencia para comprender la ejemplaridad de su conducta, la magnitud de las ideas que proclamaron y defendieron y la generosa entrega que de su libertad y aun de su vida hicieron para que esa dignidad que reclamaron para sus compañeros de clase no fuese atropellada por la injusticia y la ambición. Posiblemente, en la creciente degradación de la conciencia colectiva de esta humanidad sometida de grado o por fuerza a sistemas y estándares de vida propiciadores del gregarismo y la masificación, las figuras singulares de aquellos luchadores; hoy son casi impensables. Sería abrumador y doloroso recordar el inacabable censo de hombres y mujeres inmolados en la angustiosa reivindicación de sus derechos y libertades.

Al cumplirse en estos días el sesenta aniversario del salvaje asesinato de Salvador Seguí, no hemos podido sustraernos al influjo de su obra militante en la Confederación Nacional del Trabajo, y de su trágica muerte

en la tarde del 10 de marzo de 1923, junto al compañero Francesc Comas *Paronas*, que le acompañaba en aquel infausto momento.

No es infrecuente que algunos filósofos o historiadores quieran atribuir a los militantes libertarios un paralelismo místico cercano al de los mártires del cristianismo.

El hecho de que *El Noi del Sucre* fuese victimado a los 33 años de su vida, al igual que se cuenta del legendario Cristo, podría robustecer esa singular e interesada teoría.

Pero Seguí fue víctima de las bandas de pistoleros del «Libre», de la vesania del poder político y policial al servicio de los intereses de la burguesía y los oligarcas que veían en él al hombre capaz de interpretar y galvanizar a los trabajadores para que éstos fuesen nunca jamás considerados como esclavos o mercancía.[\[i\]](#)

Las actuales generaciones desconocen la existencia de muchos hombres que contribuyeron decisivamente a alcanzar unas libertades y unas condiciones de vida que ellos apenas pudieron disfrutar. De ahí que pretendamos hacer una semblanza del pensamiento y la acción de este hombre singular, cuyo vil asesinato denigrará para siempre a sus victimarios y a sus inductores.

Salvador Seguí Rubinat nació en Lérida el 23 de diciembre de 1886. Sus padres se trasladaron a Barcelona, siendo niño, y en ella permaneció hasta su muerte. Su inquietud le impulsó bien joven a participar en cuantos acontecimientos colectivos se sucedían, bien fueran a nivel de juegos callejeros o en protestas y manifestaciones más definidas, hasta el punto que a los 12 años ya sufrió su primera detención, por curiosear en una refriega entre huelguistas metalúrgicos y la policía. No tarda en formar parte de la Junta de la Sociedad de Pintores, y tras una larga detención, toma parte en los sucesos de «La semana

trágica», lo que le obligó a trasladarse al pueblecito de Gualba, donde trabajó como pintor.

Hijo único, su padre hubiera querido que sintiese inclinación por el estudio. No hubo nada que hacer. Él afirmaba que «en la calle también se aprende», y a los diez años se obstinó en querer trabajar, contra la voluntad de sus padres. Esa negativa, impulsó a Seguí a estar tres días sin aparecer por su casa. Vagabundeó por el muelle y por Montjuïc, hasta que pudieron localizarlo. Su padre accedió, y lo llevó a trabajar a la panadería donde él trabajaba. La primera amonestación del patrón bastó para que no volviese más. Tras varios trabajos, entre los que hay que señalar el de una refinería de azúcar, que dio motivo a su apodo, aprendió el oficio de pintor. Pero no aguantó órdenes de nadie, cambiando de patrón más que de camisa. Enfermó su padre y, como por ensalmo, toda su inquietud se calmó y trabajó duro y con tesón hasta que su padre se restableció, y con la salud de su padre él recuperó también su libertad de andar de un lado para otro. En ese trajín constante, conoció a un compañero que le procuró algunos folletos y libros anarquistas. Y eso fue la causa de que, sin renunciar a ese contacto permanente con las gentes y la calle, se entregase con afán a estudiar y aprender cuanto pensaba podía ayudarle en su formación.

Como a tantos otros, la influencia de las lecturas le llevó a un verbalismo demoledor, y con otros amigos, formaron un grupo tan iconoclasta e inconformista que llamaron «Los hijos sin nombre». Inútil decir que en sus reuniones no quedaba títere con cabeza. Su inconformismo verbal era vigoroso e inextinguible; no así sus recursos que, al considerarse hombres libres y no admitir la explotación, les llevaba al olvido del trabajo con que obtener algo para calentar el estómago. Seguí no padeció grandemente esta carencia, pues en su casa siempre tenía un plato de

comida, pero muchas veces, su amor propio le hacía renunciar a esa seguridad, pasando las mismas privaciones que sus amigos.

Ese período de su vida está lleno de anécdotas interesantes que reflejan el hombre vital, directo y sincero que fue toda su vida. Ese sarampión al que pocos jóvenes escapan, afortunadamente, pasó y dio lugar a otro período de reflexión y serenidad, que puso en su conocimiento la hondura y la amplitud necesaria. «Los hijo sin nombre» quedaron olvidados en su propio anonimato y una tertulia que se mantenía en el Café Español, fue la Universidad en la que *El Noi* se consolidó y aumentó día tras día, despertaron el interés de numerosos intelectuales, que acudían a ella con frecuencia. Entre los escritores, Camba, Baroja y otros fueron visitantes bastante asiduos, junto con una fauna cosmopolita de bohemios, nihilistas, socialistas, trashumantes... También era un lugar, bien conocido por la policía, que sabía que en cualquier momento, siempre encontraría allí inquilinos para los calabozos de sus comisarías y cárceles.

Eran los tiempos duros en que el terrorismo empezó a ensangrentar las calles de Barcelona. La época siniestra de Martínez Anido, Arlegui y el barón de Koenig, con sus bandas de pistoleros y confidentes.

Salvador Seguí era ya un militante destacado y capaz en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo. Conferenciante brillante, recorrió la geografía peninsular en actos de propaganda y mítines. En el Congreso de la Comedia, en 1919, asistió como delegado y pronunció junto con Pestaña, sendas conferencias en la capital madrileña. Su popularidad fue pasto de periodistas. Un reportero, despistado, le abordó para preguntarle el porqué de su nombre. «¡Hombre!, pues de tan dulce como soy. ¿Qué no ve que atraigo hasta las moscas?»

Su intensa militancia y su firmeza, junto a una intuición sorprendente de las situaciones, hicieron de él uno de los más valiosos dirigentes de la CNT. Polemista agudo e incisivo, su gran corpachón culminado por un rostro en el que campeaba la nobleza, imponía un gran respeto a sus adversarios que no encontraban fisuras por donde resquebrajar su integridad.

En julio de 1916, la CNT invitó a la UGT a un cambio de impresiones para la alianza de las dos fuerzas sindicales. Seguí participó en ellas y fue detenido con todos los demás representantes sindicales asistentes a la misma.

En noviembre de 1916 se produce un paro general de 24 horas en toda España, de ambas fuerzas, y en agosto de 1917, se declara la huelga general en todo el país que tuvo resonancias importantísimas, aun cuando las dilaciones por parte de la UGT pusieron en grave riesgo este movimiento.[\[ii\]](#)

El Congreso Regional de 1918, en Sants, marca el paso de las antiguas sociedades obreras a Sindicatos Únicos, y en él Seguí hace una brillante y razonada exposición de la conveniencia de este cambio.

En esas fechas, los conflictos sociales se incrementan, culminando en el de La Canadiense, con el que el Gobierno quiere dar la batalla a la CNT, y es de nuevo la intuición de Seguí, en el memorable discurso de Las Arenas, que desbarata y hace posible el final positivo de aquel gravísimo y prolongado conflicto.[\[iii\]](#)

Entre detenciones y espacios de libertad, Seguí sigue trabajando infatigablemente y dando muestras de su claro concepto del Sindicato y de la lucha obrera, hasta que es detenido y conducido al penal de La Mola, en Mahón, junto con otros sindicalistas y políticos. Allí pronunciaría su importante conferencia sobre «Anarquismo y

Sindicalismo», el 31 de diciembre de 1920, alguna de cuyas ideas reproducimos en este emocionado recuerdo y homenaje al destacado luchador y organizador que fue Salvador Seguí *El Noi del Sucre*.

Es creencia general que Sindicalismo no significa nada. Los equívocos que se han formado son tantos y de tal magnitud, algunos, que conviene de una vez para siempre deshacerlos. Que el Sindicalismo no sería nada sin la espiritualidad irradiada del Anarquismo, como algunos afirman, condicionalmente es verdad. Nada más que condicionalmente.

Qué es el anarquismo

Anarquismo es una gradación del pensamiento humano. Diríamos mejor, es la más alta gradación del pensamiento humano. Es una lógica consecuencia de las diversas fases que a través del tiempo han sufrido las ideas, tamizadas por el sentimiento.

Todas las ideas, sin los hombres que las crean, no son nada. La Anarquía, repitémoslo, no es anterior al hombre, porque si así fuere, los anarquistas dejarían de ser espiritual y moralmente lo que fueron y lo que son, para rendir culto fanáticamente a lo sobrenatural. En tal caso, los principios anarquistas no se diferenciarían de los principios deístas.

Y precisamente, por ser las ideas creadas y concebidas por los hombres, tienen constancia y valor humano. De lo contrario serían un valor negativo. Toda idea que no pase por los procesos de la evolución, no será sino una elucubración mental. El Anarquismo debió pasar por ese proceso evolutivo para poder ser concebido como manifestación humana.

Todas las ideas, desde las más modestas hasta las más audaces, han pasado por ese proceso. Lo demuestra el hecho de que ni una sola ha sido plasmada en realidad, llevada a la práctica, en su concepción primitiva y en su integridad. Así las religiones, todas las concepciones filosóficas, económicas y políticas, así también nuestras ideas. Ahora bien; con cuanta más fe y más íntegramente sea planteada la lucha, más pronto y más felizmente se llegará a la realización de las ideas. Tened en cuenta también que aquéllas pierden la integridad de su concepción originaria, y pueden bifurcarse para ser llevadas a la práctica, por nuevos caminos abiertos para su inmediata realización.

Una idea puede dar margen a nuevas concepciones ideológicas, y puede ser motivo para crear organizaciones que basándose en la concepción espiritual de la misma, cree otras nuevas. Y aun cuando no sean las mismas, fundamentalmente en nada pueden diferenciarse...

Qué es el sindicalismo

Eso ocurre con el Sindicalismo. Este es la base, la orientación económica del Anarquismo. Porque la Anarquía no es un ideal de realización inmediata... Hagamos otra afirmación diciendo que siendo la concepción ideal de la vida de los hombres, no llegará a tener realización porque es una perfección extraordinaria del pensamiento. El Anarquismo no llegará a plasmar en realidad en su verdadera filosofía. Sería tanto como definirlo y limitarlo. No tiene un origen material. No nace en un punto para morir en otro. Es propio de la inteligencia y del sentimiento. Por esa razón, Anarquismo es ya individualismo. Y en él hay también la concepción colectivista que acepta aquellas cosas del Anarquismo de más fácil realización.

¿Y qué significación tiene el Sindicalismo?

Históricamente, es la condensación del pensamiento al que dieron vida los compañeros de la Internacional; prácticamente es el instrumento del Anarquismo para llevar a la práctica lo más inmediato de su doctrina.

“Hay quien dice que el Sindicato no es nada. Es un error esta afirmación. El Sindicato es cerebro y brazo. No se comprende el uno sin el otro. El Sindicalismo tiende a usufructuar las prerrogativas que le son propias en el orden social.

También se afirma que el Sindicalismo no tiene ideas propias. Eso no es cierto. En los Congresos de los años 1910, 1915, 1916, 1918 y 1919, el Sindicalismo llegó a precisar que se apoderaría de los instrumentos de trabajo. El Sindicalismo recibió del Anarquismo alma y espíritu. ¿Quién niega que el Sindicalismo plantea y resuelve el problema económico? ¿Y quién puede negar que el Sindicalismo revolucionario y libertario en su concepción económica, es el auxiliar feliz y poderoso del Anarquismo?

He aquí la virtualidad del Sindicalismo: relevar y sustituir los factores del capitalismo y de la burguesía. Por esa razón no estamos de acuerdo con los socialistas. Ellos hacen hombres que no creen en su personalidad, y con la obra que realizan retardan el momento de la posesión integral de las prerrogativas sociales del hombre.

Mientras haya quien crea que los problemas no los debemos resolver por nosotros mismos, sino que su solución depende de otros, el hombre no hará jamás nada. Quien crea en la organización estatal es un esclavo. [...] Sindicalismo es la agrupación natural orientada de los elementos de una misma profesión, y esta organización

orientada en un sentido revolucionario y libertario, se acerca al Anarquismo. ¿Quiénes, sino los trabajadores, pueden llevar a cabo un movimiento de renovación?

Mas dudo haya nadie que crea asistir a la derrota de los valores económicos del mundo capitalista, de las viejas y falsas concepciones burguesas, sustituyendo valores y concepciones con los problemas que en su integridad plantea el Anarquismo. La misión de los anarquistas en los Sindicatos está en velar por la vida de éstos y orientarlos. Sin embargo, no son los grupos anarquistas ni las organizaciones estatales quienes tienen que organizar y regularizar la producción. Son los Sindicatos. A los Sindicatos han de ir a darles fuerza y relieve los sectores de la acción y la educación.

Se nos presenta otro punto importante que el proletariado debe resolver. El de la cultura. ¿Qué harán los trabajadores al día siguiente de la revolución con respecto a ese problema? ¿Qué harán de los Ateneos, de las Escuelas, de las Bibliotecas, de los Institutos profesionales?

Si nuestra preparación es lo fecunda que deseamos, al día siguiente de la revolución, destruiremos todo cuanto en el orden de la cultura nos pueda ser perjudicial. En previsión, hemos de crear nuestras Universidades y nuestros Ateneos.

Si no podemos, si los acontecimientos nos sorprendieran, nos aprovecharíamos de lo que hubiese realizado la burguesía en este sentido. Lo que sí haremos, aun en último caso, es arrancar de cuajo lo malo, lo perverso y lo inútil...

Y ahora, amigos míos, dejadme que diga esta noche mis últimas palabras. Que en estas horas en las que nos une el dolor y una luminosa esperanza de manumisión económica y espiritual, hagamos una profesión de fe, de constancia en

el propósito y de confianza en nosotros mismos. No creáis en los hombres, en cuanto eso pueda significar una hipoteca de vuestra voluntad; creed, mejor, en cada uno de vosotros...

Pese a su total entrega y a la ejemplaridad de su conducta, Seguí, como tantos otros; no pudo escapar a la destructora ponzoña de las insidias y la maledicencia.

El permanente afán de Seguí de capacitarse y aprender para que su labor fuese más consciente en la defensa de sus ideas, le llevó a relacionarse con periodistas, intelectuales y políticos de izquierda. Su amistad con Oriol Martorell, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, en los años 1908-1909, fue motivo para que empezase a circular la especie de que Seguí iba a fundar con algunos intelectuales un «Partido posibilista». El hecho de que *El Noi* frecuentase la peña intelectual del Café Suizo, en las Ramblas, a la que acudían los Alomar, Iglesias, Gener, Albert, Tintoré, etc., fue pretexto para urdir las más absurdas e interesantes calumnias. No andaban ajenos a estos afanes elementos de la gran patronal que hicieron circular la noticia de que Seguí y Pestaña, «con el dinero de las cuotas de los trabajadores» habían comprado casa propia nada menos que en el Paseo de Gracia barcelonés.

El relevante papel que Seguí desempeñaba en la Organización con federal [\[iv\]](#) era a causa de todas las especulaciones, a las que siempre fue ajeno. A raíz de la campaña electoral subsiguiente al fracaso de la huelga general de 1917, Julián Besteiro, intentó incluir a Seguí en la lista de candidatos, junto a Largo Caballero, a lo que *El Noi del Sucre* se negó rotundamente.

Junto a García Oliver y Antonio Amador, en un mitin celebrado en Reus, en 1921, Seguí, de manera clara y rotunda, reafirmó los principios apolíticos de la CNT,

responsabilizando a los políticos de parte de la represión desatada en aquellas fechas contra los Sindicatos y militantes confederales.

Es bien conocida la campaña orquestada por el periodista Paco Madrid en la que se afirmaba la inclusión de Seguí en la lista de candidatos republicanos a diputados. Cuando, ante el silencio de Seguí, que raramente hacía caso de esas campañas, la organización requirió al periodista para que aclarase el origen de su «información», éste respondió diciendo que, en periodismo, lo importante era la «primicia informativa», y que eso era lo que él había perseguido con sus artículos.

Incluso el propio Pestaña, recién llegado de Argel, se mostró hostil a Seguí, acusándole de «reformista». Pestaña, en aquella época, parecía ser el exponente del Anarquismo y Seguí del Sindicalismo, en el seno del movimiento confederal.

No siempre fue paciente la actitud de Seguí, frente a estas manifestaciones periodísticas. Cuenta Manuel Buenacasa que, a raíz de una huelga general de la Construcción, ganada por la acción directa de los trabajadores, el corresponsal de un diario madrileño, insinuó que el Comité se había vendido a los patronos. «Fue Seguí quien vino a verme, y tras leerme el artículo en cuestión, me preguntó: “¿Y qué pensáis hacer?” Me encogí de hombros, no sabiendo qué responderle. Me cogió por un brazo, llevándome hasta un café, frente a Canaletas, y señalando a un “cliente”, me dijo: “Ahí tienes al tipo que ha querido deshonorarnos”, y sin más espera, le atizó dos sonoras bofetadas que el “periodista” encajó sin rechistar. Se organizó un gran escándalo, y a un policía que acudió para ver lo que pasaba, lo echó a un lado, diciéndole: “Usted calle y escuche”, mientras decía al periodista: “Usted va a desmentir ahora mismo lo que ha dicho; y si no ya sabe lo

que le toca". Por descontado que el diario hizo pública la rectificación al día siguiente.»

Otro rasgo descollante en Seguí era el generoso tributo de su solidaridad y compañerismo. En los tiempos normales, en que *El Noi* podía vivir con su familia, raro era el día que no acarreaba a su casa un par de invitados, si no eran más. Teresa Montaner, su compañera, con un niño y una niña pequeños, atendía lo mejor que podía a cuantos allí buscaban refugio y solidaridad.

El lugar del crimen

La sistemática persecución de militantes por las bandas de pistoleros libreños, aconsejó a Seguí trasladarse a la región levantina, donde los compañeros albergaron a la familia Seguí durante algún tiempo. Aun en esa situación, *El Noi* no vacilaba en hacer cuanto hiciese falta por la organización. A raíz de un suceso provocado por un teniente de la Guardia Civil que, al clausurar la Escuela Racionalista en Cullera, había maltratado a los miembros del Comité comarcal, a uno de los cuales propinó un brutal puntapié en el vientre que le produjo una peritonitis traumática, por lo que hubo de ser hospitalizado, siendo procesado el doctor Salgado que certificó el diagnóstico. Seguí visitó a un abogado en Valencia para obtener la revisión de aquel arbitrario atropello. Llevó su aliento a los compañeros presos en la cárcel levantina y pensó que era ya tiempo de regresar a Barcelona, pues su presencia en Cullera ya había sido detectada hasta el punto de que pudo ser abortado un atentado en Sollana merced a la atenta vigilancia de los militantes de aquella comarca.

El 1 de marzo de 1923 pronunció en Manresa su última conferencia. Los compañeros le aconsejaron que no debía regresar a Barcelona, temerosos de la situación cada vez

más grave que se creaba a los militantes cenetistas, principalmente. Tranquilizó a los compañeros, asegurándoles que pensaba regresar para conseguir marchar al extranjero.

No pudo hacerlo. Emilio Junoy, senador liberal destacado, que se complacía con la amistad de Seguí, comparándolo con Bakunin afirmó de él: «A Seguí lo ahorcarán en Barcelona –no si yo estoy con vida– o lo asesinarán por la espalda»

Y por la espalda lo mataron el 10 de marzo de 1923.

[i] Aun cuando la nómina de los asesinos a sueldo que integraban las bandas de pistoleros subvencionados por prepotentes caciques de la burguesía, como Graupera, Muntadas y otros, difícilmente podrá ser conocida, hay datos suficientes para probar la intervención directa, en el asesinato de Seguí, del confidente Inocencio Feced que, años más tarde, quiso chantajear a Pestaña, ofreciéndole por una crecida cantidad de dinero, documentos en los que se citaban los nombres de quienes habían organizado, pagado y ejecutado todos los asesinatos de militantes de la CNT. La negativa de Pestaña, no impidió que, pasado el tiempo, se publicasen dichos documentos, en los que curiosamente el nombre de Feced no aparecía implicado, salvo en el de Seguí, respecto del cual había afirmado: «A ese lo mato yo».

[ii] En junio de 1917, y como consecuencia de los compromisos existentes entre la CNT y la UGT para la declaración de la huelga general revolucionaria para

derrocar al régimen, y ante la injustificada tardanza de los socialistas para fijar la fecha de la misma, tiene lugar en Las Planas, en plena montaña, una reunión clandestina a la que asiste por la UGT, su vicepresidente Largo Caballero. Las explicaciones de éste fueron poco convincentes, ya que quedaban subordinadas a los resultados políticos de la Asamblea de Parlamentarios, mientras que la intensa actividad de los hombres de la CNT en la preparación material del movimiento ponía en grave riesgo los planes y los medios que se iban acumulando. El intento de Largo Caballero para apaciguar a la CNT fue inútil. En una reunión previa celebrada en los locales de la calle Mercaders, se había mantenido la postura de que en la reunión con los socialistas se fijase la fecha de la huelga general. Finalizada la reunión, y mientras Seguí esperaba al compañero que había de conducirlo a Las Planas, inesperadamente, se dio aviso de que la policía se dirigía a los locales de la CNT. Cada uno salió como pudo del local, y Seguí, al saltar por un balcón a la calle, se dislocó una pierna, lo que dificultó su huida. Ayudado Por el compañero Arnó, de Mataró, fue atendido en casa de otros compañeros, no pudiendo acudir a Las Planas. Cuando, por la noche, se informó a Seguí de los resultados de la reunión, dijo: «Me parece que debíamos haber emplazado definitivamente a la UGT y desligarnos de compromisos si no se tiene la seguridad de un aceleramiento; nuestros hombres y nuestra organización están expuestos en cualquier momento, a ser copados». Esta actitud determinó un rápido viaje a Madrid para fijar la fecha y la contraseña que se publicaría en *El Socialista* y toda la prensa nacional, con la frase: «Cosas veredes, que dijo el Cid», con lo que quedaba fijado el compromiso y la fecha para la huelga de 1917.

[\[iii\]](#) La huelga de La Canadiense fue un exponente de la capacidad y recursos de los Sindicatos. La ordenación y desarrollo del paro, fue un alarde de eficacia y de solidaridad. La estrategia empleada desconcertaba a la burguesía y a los gobernantes. Un día los transportes, otro los servicios públicos, la implantación de la «censura obrera», en la que los tipógrafos se negaban a componer las noticias tendenciosas sobre la huelga, rompían la resistencia patronal. De ahí que indujesen a elementos provocadores para instigar a los obreros a actitudes desesperadas. Seguí se dio cuenta de este intento de llevar a los trabajadores a actos que fueran pretexto para una masacre sangrienta, y usó de su persuasión y de su influencia moral, para conducir el final de aquella huelga por cauces legales y directos que pusieron al descubierto los planes siniestros de aquella patronal inhumana.

[\[iv\]](#) Fue secretario general de la misma en algún período.

II.EL ASESINATO DE “EL NOI DEL SUCRE”

Antonio Soler

Apóstoles y asesinos. Barcelona:

Galaxia Gutenberg, 2016, pp. 415-435

A Seguí lo asesinaron el sábado, 10 de marzo de 1923, alrededor de las siete de la tarde. Su muerte era inminente, estaba calculada por los instigadores, trazada por los asesinos que ya estaban planeando el cómo, el dónde y el cuándo.

Sin embargo, el entorno del Noi del Sucre es ajeno a todo eso. Es más, después del asesinato, como probablemente ocurre siempre ante los desenlaces inesperados y dramáticos, los días inmediatos al mismo parecen llenos de vitalidad, cargados de un futuro que, al no cumplirse, se puebla de símbolos y presagios. Es la lectura de los supervivientes, de aquellos que se empeñan en darle un sentido —aunque sea dramático— a la vida. Una forma de esconder el absurdo. Un afán por hacer de la existencia un suceso narrativo.

Probablemente el Noi del Sucre no pensara de ese modo. El futuro no estaba formado por unas líneas imaginarias ni la vida se desarrollaba por unos raíles invisibles. Había visto a muchos caer a su lado. Huérfanos, viudas, hermanos sin amparo, trastornados porque súbitamente debían reconocer el sinsentido del mundo. Filosofía barata. Salvador Seguí vivía demasiado a fondo para pensar en ese tipo de cosas, al menos eso se deduce de casi cada uno de sus pasos, de sus decisiones y de sus palabras. Y así continuó siendo en las últimas dos semanas de su paso por el mundo.

A su alrededor hablaban del futuro y él mismo se afanaba en planear los meses, los años venideros, no importaba si él iba a estar allí para beneficiarse de aquello, era el pulso de la historia. La lucha social era un mecanismo que ya formaba

parte de su biología, de su existencia. Comer, respirar, dormir, pensar. Estar alerta.

La vida no toca los timbales intuyendo que está a punto de llegar un momento crucial. Los desastres brotan en medio de lo cotidiano, lo desmoronan, lo trituran y lo engullen en silencio. La aniquilación tiene la esencia de lo incommovible, no importa si la provoca una enfermedad, una catástrofe de la naturaleza o la mano de otro hombre. «La muerte es cotidiana, la muerte es lo más cotidiano», había dicho alguna vez el Noi del Sucre. Y así se dirigió hacia ella. Y así sucedió.

Los árboles se mecían como borrachos, suavemente, en la cabecera de las Ramblas. Era por la mañana y Pere Foix le hablaba a Seguí de su contacto en la masonería. El Noi sabía que Foix, por su condición de periodista o por una cuestión puramente personal, tenía amistad con un aristócrata del que desconocemos el nombre aunque sabemos que era masón en grado 31. También se sabe que era alguien muy informado y al tanto de los rumores palaciegos que circulaban entre la élite de Madrid.

Este individuo le contó a Foix y a otro militante de la CNT también amigo suyo, Emilio Nogués, que un grupo de generales estaba preparando un golpe militar contra el Gobierno, aunque no contra el rey. Se aseguraba que lo iba a encabezar Primo de Rivera. La intención de esos militares era acabar con la situación a la que unos políticos incompetentes, burgueses y apoltronados estaban llevando a España. Para ello, aspiraban a contar con el apoyo de las organizaciones obreras, especialmente de las catalanas, que habían demostrado su capacidad de sacrificio y lucha. Si las centrales sindicales convocan una huelga general el día que los militares les señalan, aprovecharán el caos para dar el golpe.

Mientras atraviesan la plaza de Cataluña, cruzan la Ronda de San Pedro y suben por el Paseo de Gracia, Foix va

desgranándole a Seguí todo lo que el masón les ha contado a Nogués y a él y cómo, por determinadas sospechas, medias palabras y rumores, todo le parece altamente fiable. Tampoco el Noi del Sucre considera que sea un bulo sin sentido y convoca a un pequeño grupo de compañeros para hablar sobre el asunto y tomar alguna medida preventiva. Es el último día de febrero, el invierno parece dar una leve tregua.

Seguí se reúne con Foix y un pequeño grupo de compañeros del sindicato entre los que se encuentra Massoni —Pedro Massoni, víctima del primer atentado que llevaron a cabo Bravo Portillo y su capo Antonio Soler y que desde entonces renquea y desconfía de todo— para tratar el asunto del posible golpe de Estado.

Pere Foix repite a los demás lo que ya contó al Noi. Éste, por su parte, se muestra contrario a cualquier colaboración con los militares, de cuya palabra desconfía y cuya posible alianza le repugna. «Sólo en el cerebro de un militar cabe una idea como ésa, nosotros . colaborando con ellos.»

En cualquier caso, aconseja que si los militares piden una entrevista vayan a oírlos para descubrir su juego y saber a qué atenerse. Los reunidos acuerdan que Foix mantenga vivo el contacto con el masón y que es necesario informar al Comité Regional de todo lo que han hablado. También apuntan que deben proponer al Comité que Seguí sea el portavoz del sindicato en caso de que exista una posible reunión con los militares.

La respuesta del Noi del Sucre es la habitual. Si ésa es la decisión del Comité Regional estaré a su disposición, a la hora que me digan. Al disolverse la reunión, Pedro Massoni se acerca a Seguí, le tiene devoción, y le dice, «Cuida mucho de ti porque te necesitamos mucho, Salvador».

Es muy probable que en el mismo momento en el que están reunidos los sindicalistas, o unas horas antes, o después,

un reducido grupo de miembros de la Patronal Catalana estuviera decidiendo la suerte del Noi del Sucre. Allí llegan a la conclusión de que hay que acabar con él. Es claramente el hombre a eliminar, no sólo el punto vital en el que la CNT se apoya para movilizarse organizada y racionalmente, sino el que puede servir de puente con el Libre, con los políticos de izquierda.

Los hombres de la patronal ponen su plan en marcha. No van a contar con el apoyo de la policía. No informarán a ninguna autoridad oficial. Ellos van a hacer el trabajo que hay que hacer y quieren a verdaderos profesionales para que no ocurra como tres años atrás, cuando Blas Marín y su acompañante perpetraron la chapuza de la calle Mendizábal que acabó con el Noi del Sucre disparando sobre ellos y poniéndolos en fuga. Deciden que Pedro Mártir Homs se encargue de organizar el atentado.

Homs ha recibido ya el encargo y una parte importante del dinero por su trabajo. Homs, el antiguo abogado que desde el anarquismo derivó hacia el matonismo y había organizado una peligrosa banda comandada por su mujer, la Payesa, debe encontrar a la persona adecuada para apretar el gatillo. Ni Homs ni la Payesa lo dudan. Inocencio Feced es el hombre.

Desde los tiempos del barón de Koënning y el atentado del Pompeya, Feced ha sobrevivido a todas las mutaciones del pistolero, a todas las modulaciones y a todas las intensidades. Y ahora de nuevo está ahí. Dispuesto para la acción. Pequeño, vivaz, ansioso.

Al ser destituidos Anido y Arlegui, Feced había desaparecido una breve temporada de Barcelona, nadie sabía dónde, pero había regresado más desafiante que nunca, vanagloriándose de los crímenes cometidos y publicando un folleto titulado *¿Por qué no maté al general Martínez Anido?*, en el que, además de justificar su colaboración con la policía,

difamaba a unos cuantos líderes de la CNT, Seguí entre ellos.

La antigua admiración hacia el Noi del Sucre se había convertido en una ciénaga. En más de una ocasión se le había oído decir: “A Seguí lo mato yo!». Ahora estaba en su mano. Elegirá los cómplices, el lugar y también el momento del asesinato. Y lo hará pronto. La patronal no le ha concedido a Homs mucho tiempo para que cumpla su encargo, una semana, diez días como máximo. Homs, Feced, los matones, se mueven con diligencia, alborotan más de lo debido, despiertan habladurías.

A oídos de Francesc Macià llega el rumor de que desde altas esferas de la patronal se está planeando primero el asesinato del Noi del Sucre y después el de Ángel Pestaña. La noticia, que probablemente llega a oídos de Macià a través de la familia de su mujer —Eugenia Lamarca, hija de terratenientes— tiene la suficiente solvencia como para que el político la tome en consideración. Tanto es así que inmediatamente escribe dos notas y encarga a un hombre de su confianza, Ramón Durán, que las lleve a las casas de ambos sindicalistas.

Durán va a la de Seguí, calle Valencia, 559. Le abre la puerta una niña de unos diez u once años que dice estar sola. Es la hija de Teresa. Durán duda, pregunta cuándo volverá su madre o su padrastro, la niña se encoge de hombros. Finalmente le entrega la nota encomendándole que se la dé a Seguí, de parte del señor Francesc Macià. La niña cumple la encomienda, aunque a medias. Da la nota a Seguí, éste la lee un par de veces. El mensaje va sin firmar, así que el Noi pregunta a la niña quién ha llevado la carta. La niña describe más o menos al hombre y dice que la ha traído de parte de un señor del que no recuerda el nombre. Seguí dobla el papel y se lo guarda en un bolsillo de la chaqueta.

No es el único mensaje de alerta que le llega. En los primeros días del mes, tal vez el 1 o el 2, va a recibir un

anónimo amenazante. Como puede suponerse, le han llegado por decenas a lo largo de su vida, aunque éste tiene un aire especialmente esquinado: *Reunidos los elementos del Sindicato Libre, hemos acordado asesinar a ti y a Pestaña entre otros. Esta vez no escaparéis ninguno, aunque tú serás el primero.*

Seguí es consciente de que la amenaza no proviene directamente del Libre, tal vez, sea de alguno de sus grupos incontrolados. O quizás piensa que, como el mensaje anterior, probablemente se trate del aviso de algún amigo, alguien del Sindicato Libre que se ha enterado de un complot para acabar con su vida. El Noi está tentado de ponerse en contacto con Laguía, pero acaba por descartarlo. Mira una y otra vez el papel, media cuartilla con renglones rayados en rojo, casi en rosa, probablemente cortada de un libro de contabilidad.

No sabe exactamente por qué, percibe un peligro sordo en aquellas letras garrapateadas con caligrafía casi infantil, no le habla a casi nadie del anónimo. Por supuesto, menos que a nadie, a Teresa. Sólo hace un par de llamadas telefónicas. Una a Ángel Pestaña, por estar implicado en el mensaje, y otra a Joan Peiró, al que el Noi del Sucre considera también en peligro. A Josep Viadiu sí se lo cuenta de viva voz y le pide que le devuelva la pistola que tiempo atrás había llevado consigo y de la que se había desembarazado una vez que se habían restablecido las garantías constitucionales y el clima de violencia se había atenuado. Viadiu se la entrega esa misma noche, liada en un trapo, metido en un cubo en el que van brochas, paletas y otros utensilios de trabajo del Noi.

El 6 de marzo Ángel Pestaña y el Noi del Sucre participan en un mitin en el cine Bohemia. Al final del acto, Pestaña, Viadiu y Seguí conversan brevemente sobre el anónimo recibido. Deciden no darle más importancia de la necesaria.

Inocencio Feced, menudo, huesudo, con una gorra vieja y aquellos ojos brillantes que un día quedaron fijados en su ficha policial, ha estado merodeando por los alrededores del cine Bohemia. Va con uno de sus compinches. Suben y bajan por la plaza. Feced ve entrar en medio de un remolino de obreros a Seguí. Lo estudia, quiere volver a verlo antes del último día, todavía libre, vivo, expansivo, el rey de nada.

Feced ha estado madurando su plan. Sus hombres llevan varios días controlando todos los movimientos, las idas y venidas de Seguí, su rutina, sus rutas, los bares que ahora frecuenta, los círculos obreros a los que va, las obras en las que está trabajando. Anotan que suele ir casi a diario al bar el Tostadero, en la plaza de la Universidad, y que sigue yendo con regularidad al café Español, en el Paralelo. En esos días está pintando un piso, propiedad de Lluís Companys, en Sants. Inocencio Feced elige Sants o la plaza de la Universidad como los lugares propicios para perpetrar el asesinato. «Como un conejito, así va a acabar», le dice a uno de sus camaradas.

Pere Foix hace una llamada telefónica a Seguí. Su contacto dentro de la masonería le ha informado que el grupo de militares que planea el golpe va a reunirse un día después en el casino militar. El masón podrá darle alguna noticia a media tarde de lo que han tratado los militares, así que Foix le pide a Seguí que se vean unas horas después para valorar la información. Seguí le cuenta que él, ese día, va a ir a Tarragona para dar un mitin y que quizás desde Tarragona vaya a Flix. El Noi del Sucre bromea y le dice a Foix que los militares podrán esperar a dar su golpe hasta el domingo. Quedan en verse el sábado por la tarde, en el centro obrero de la calle Olmos.

Seguí se marcha a Tarragona. Feced inspecciona los alrededores del piso de Companys donde últimamente ha estado trabajando el Noi del Sucre, se entera de que ya ha acabado allí su tarea. Elige el Tostadero como lugar a partir del cual se montará el seguimiento y el asesinato de Seguí.

El Noi del Sucre da el mitin en Tarragona, y allí mismo decide regresar a Barcelona, no irá a Flix. Simó Piera está con él, trata de convencerlo de que se vayan juntos a ese pueblo de Ribera de Ebro. Viadiu le ha comentado a Piera el asunto del anónimo, la mella que ha hecho en el Noi. «Qué vas a hacer en Barcelona, vamos a Flix, los compañeros te necesitan allí, Salvador.» Seguí comprende. Se encoge de hombros. No hace falta que repita algo que siempre ha dicho y que todos sus compañeros saben: cuando quieren ir por ti van, dondequiera que estés, dondequiera que te metas, así que mejor no comportarse como una rata.

Es algo parecido a lo que dos o tres días atrás le ha dicho a Macià, cuando ambos se han encontrado en el café Continental y Seguí, pensando en la posible algarada militar, le comenta al líder catalanista que lo mejor que puede hacer es salir de Barcelona durante una temporada.

- «Aquí no tiene la menor seguridad», le dice Seguí. Macià, extrañado, le pregunta si no recibió la nota que le hizo llegar por medio de Durán, y sólo en ese momento comprende el Noi la importancia del mensaje.

- «Sí, sí, la vi, la leí», dice un poco confuso.

Macià lo mira con atención: «Mire, Seguí, quien tiene que salir inmediatamente de la ciudad es usted. A nosotros todavía no nos ha llegado el turno, pero usted sí que corre en Barcelona todos los peligros».

Seguí, apesadumbrado al saber que la nota que la había entregado la hija de Teresa no la remitía un iluso ni un aficionado a meter miedo, se encoge de hombros y esboza una sonrisa dudosa.

- «Seguramente tiene razón, amigo Macià, pero yo no puedo irme de aquí. Es mi sitio y no puedo abandonarlo.» Los dos hombres se miran, se dan la mano y se separan. Nunca volverán a verse.

Seguí va recorriendo por última vez los lugares que pisa. Sin saberlo, se despide de forma definitiva de todas las personas con las que ha compartido los últimos años.

Compañeros, amigos o simples conocidos recordarán apenas cuarenta y ocho horas después el último momento en que vieron al Noi del Sucre. En la memoria de todos ellos se irán recomponiendo esos instantes de modo apresurado y distorsionado y cada cual empezará a colocar los cimientos de una mítica personal alrededor de Salvador Seguí.

Cada cual dará su versión de aquellos últimos momentos y una imagen diferente del luchador obrero. El Noi del Sucre será a partir de entonces el reflejo de una cara en un cristal, una imagen que gesticula, se mueve y habla al otro lado de una barrera infranqueable. El espejo se llena de sombras.

El Noi del Sucre no fue a Flix. No pudieron convencerlo. Desde Tarragona, pasando por Reus, regresó a Barcelona. Caminó solo por el andén. Viajeros y niños. Subió a un automóvil.

Los árboles pasan por los vidrios del coche y el rostro del Noi por los árboles. Ramas y ojos se mezclan en un juego de reflejos que avanzan y se transforman por las calles de Barcelona hasta llegar a su domicilio. Un portal triste, una escalera con eco y vacía, una puerta marrón, sería como un ataúd vertical. Por su arco humilde entran y salen las sombras, el Seguí de otro tiempo, los niños, Teresita, el ruido y los olores, compañeros, gente desconocida, muertos y vivos, el mundo que se despide, el camino, una serpentina que huye. Ya no es Seguí quien avanza, sino el mundo el que retrocede y el que en su huida lo arrastra todo con él,

El viernes, 9 de marzo, vieron a Feced en el bar el Tostadero, hombre malcarado, un hombre escurridizo que miraba a los lados, el mundo ya no gira como un carrusel en el que van montados los vivos, ya no gira sobre el mismo eje con la quimera de la repetición y de lo eterno, el mundo se

desliza ahora en línea recta, muestra sus precipicios, el barranco de la muerte, lo que tiene puertas y fronteras, a Feced lo vieron en el bar el Tostadero, buscando, el hambre de los perros, los dientes y los ojos ávidos, el alimento del rencor, pero sólo tiempo después, días, semanas después, advirtieron que aquel hombre enjuto, moreno y esquivo era Inocencio Feced, el asesino.

El Noi del Sucre estaba atento, caminaba por las aceras anchas, miraba en el reflejo de los escaparates, trabajó, fue a ultimar alguna cosa al barrio de Sants, sonrió, fumó y bromeó, con Perones, que morirá junto a él en la puerta de una ferretería, con Viadiu al que vio por las Ramblas, en un café, con los compañeros de trabajo, a los que no volvería a ver, escuchó por última vez la voz de Lluís Companys a través del hilo telefónico, y cuando ya estaba avanzado el día, decidió ir al teatro Cómico, donde esa noche se va celebrar una función a beneficio de los presos políticos. El peligro es una marea que viene y va.

Chaqueta negra, pantalones pálidamente rayados con líneas de gris muerto sobre un fondo también negro, sombrero y alfiler, la camisa blanca de los mediterráneos. Le pide a Teresita que vaya con él. Algún personaje ha anunciado que irá al teatro acompañado de su mujer y Seguí no quiere que Teresa Muntaner sea menos. También le dice que puede acompañarlos su hijo, Heleni, que lo pasará bien en la función. Teresita, grávida, de siete meses, cansada, feliz, o casi, saca la ropa de los domingos, la ropa oscura de las ocasiones, se recompone, protesta, Seguí ríe, van juntos del brazo, bajan las escaleras, el niño delante, seis años y la cara redonda, caminan bajo la noche fría como bajo un puente, a ratos huele a primavera, luego montan en un tranvía, vuelven a caminar un poco, Seguí piensa en el peligro, sus compañeros saben que lleva días pensando en él, lo espanta, como siempre, sin detenerse a mirarlo, sabiendo quién es quién. Ahora está en el reflujó, siente que se aleja. Lo percibió esa tarde, sentado en su

casa, un momento antes de decirle a Teresita que lo acompañara, La normalidad espanta a los monstruos. El Noi se agarra a ese asidero.

La función es divertida. La familia Seguí está en un palco. A él van varios compañeros. Entran y salen, sacan a Seguí al pasillo. Teresita sospecha, pero se queda sentada, mirando el escenario, mirando a Heleni, sus ojos fijos, limpios. La voz se ha corrido, todos, por un lado o por otro, han oído que el Noi del Sucre está amenazado, seriamente. Cada cual inventa una estrategia y un consejo. Joan Casanovas, futuro presidente del Parlament, habla largamente con él. Teresita no sabe nada, y a pesar de que está acostumbrada a las confidencias y a los secretismos la ponen nerviosa los susurros. Se acuerda, en mala hora, de la tarde en que Laguía estuvo en su casa. Quiere borrar el recuerdo, escapar de los malos presagios, salir de allí, pero adónde.

En un entreacto es Ángel Pestaña quien se presenta en el palco, lo acompañan dos hombres que Teresa no ha visto nunca. Hablan con Seguí, éste le dice a Pestaña que lo verá a la salida del teatro y Pestaña hace un gesto de asentimiento, dando por sabido de lo que van a hablar. Teresita intenta prestar atención al final del espectáculo, se levantan los aplausos, Heleni se pone de pie, mira a su madre sin dar crédito de que aquello sea posible, adultos jugando a ser quienes no son, adultos haciendo pantomimas para otros adultos.

Abandonan el palco, van por los pasillos con lentitud, mezclados con otra gente. En el ambigú ya los esperan Pestaña, Casanovas, Viadiu y unos desconocidos. Seguí deja a Teresa y al niño cerca de una puerta y habla animadamente con aquellos hombres. Se le ve negar repetidamente con la cabeza. Los demás lo miran alejarse en dirección a su mujer, sonriente. Ella le pregunta qué quieren. Seguí contesta, «Acompañarnos.» «¿Acompañarnos?» «Sí. ¿Te ha gustado, Heleni?»

«Acompañarnos, ¿por qué?» «Por nada. Hace frío, vamos a tomar un taxi.» Salen.

Salen y, sí, suben a un taxi, demasiado apresuradamente. Inician la marcha. Al poco, Teresa se da cuenta de que el taxista no aparta la mirada del espejo retrovisor, y ella, como antes ha hecho el Noi, se gira para mirar atrás. Pregunta, no se sabe si al conductor o a Seguí, qué pasa. Es el taxista quien responde, «Ese, que no se despega de detrás desde que salimos del teatro.» Teresita deja la mirada fija en Seguí, él le aprieta la mano y niega con la cabeza, restando importancia. Los faros del automóvil que los sigue ilumina a veces el interior del taxi, todos van en silencio, Heleni dormido, pasan las fachadas, las aceras vacías, el carrusel abandonado de la noche.

Se van acercando a su casa y el coche continúa tras ellos. Corren las aceras, los edificios como mastodontes. Los brazos fantasmales de la Sagrada Familia se pierden en el cielo. Entran en la calle Valencia. A lo lejos está su portal. Seguí toma una determinación. Ordena al conductor que acelere. El taxista obedece, ganan un poco de ventaja, y cuando están cerca de la casa, Seguí le pide que frene. El coche da una sacudida, se detiene, el Noi hace que Teresa baje lo más rápidamente posible, Heleni, adormilado, sale del coche detrás de su madre, Seguí ya lo ha hecho por la otra puerta. Temiendo que la calle se convierta en un campo de tiro, le grita al taxista que se vaya, el conductor arranca justo cuando el otro automóvil está llegando y Teresita y Heleni han entrado en el portal. Teresa le pide a Seguí que suba con ellos, el coche que los venía siguiendo se para a quince o veinte metros del Noi del Sucre, también se ha detenido el taxi, casi a la misma distancia pero en sentido contrario, Seguí le grita a Teresa, «¡Sube!», pero ella, llorando, deja al niño en el portal y sale, coge a Seguí por el brazo, tira de él hacia la casa. Seguí la mira a los ojos, «¡Sube! Sube y déjame estar. Hazme este favor».

Teresita retrocede, abraza a Heleni, que ha roto a llorar. El automóvil está detenido en el mismo lugar, respirando, con el motor en marcha y los faros encendidos. Seguí da unos pasos hacia él, lleva una mano en el bolsillo, simulando que palpa una pistola que no existe, tiene la mirada fija en el parabrisas del coche, negro, como si en vez de vidrio fuese de acero. El taxista se baja de su vehículo, lleva una barra de hierro en la mano y camina en la misma dirección que el Noi del Sucre. El Noi grita entonces. « ¡Si tenéis valor tirad! ¡ Tirad, no tengo miedo! » El taxista, a su vez, grita volviendo la cabeza atrás, como si hablara a alguien que estuviese en su coche o en un portal cercano. « ¡No salgáis! ¡ Todavía no! ¡No salgáis! »

Teresa Muntaner lo contó muchos años después, en Toulouse, ya anciana, cuando Heleni, muerto de tuberculosis a los diecisiete años, hacía mucho que había desaparecido de la faz de la tierra y Teresa Seguí, la hija del Noi del Sucre, nacida dos meses y tres días después de la muerte de su padre, era una mujer madura que escuchaba cómo su madre, entera, rocosa, recordaba aquella noche de marzo, víspera del asesinato.

Teresita no se explicaba lo que había sucedido ni por qué el misterioso automóvil, cuando Seguí ya estaba apenas o cinco o seis metros de él —el taxista a veinte o treinta—, emprendió la marcha y salió de allí a toda velocidad sin que el Noi llegase a ver quiénes eran sus ocupantes y sin que hicieran un solo disparo ni el más mínimo amago de atacar al hombre que habían venido siguiendo casi desde la otra punta de Barcelona.

«No sé si los arredró que yo me quedase allí, porque no me subí a casa, cómo me iba a subir y dejarlo solo, y caminaba detrás de Seguí, despegada de él, pero pisando su sombra, y pudo ser que no quisieran matar a una mujer, o si aquellos gritos del taxista y su presencia o lo que fuera les hizo pensar otra cosa, dejarlo para otra ocasión más cobarde, pero así se marcharon, eso hicieron, y allí iría ese Feced, con el puño

de la pistola recalentado en la mano, con su bilis y su miseria», así le hablaba Teresa Muntaner a Huertas Clavería en Toulouse a principios de los años setenta, «Para que digas las cosas como son, como fueron, y no como quisieron inventar después, como todavía inventan».

Una vez que el automóvil se marchó, pasando por al lado del taxista, éste se acercó a Seguí. «Es usted el Noi del Sucre, lo reconocí nada más montar en el coche pero no quise decirle nada. ¡Madre de Dios! ¡Qué valor que tiene usted! ¡Nunca me lo hubiese creído! ¡Iban a matarlo. Lo que me ha hecho sufrir, reina santa.»

El Noi le agradece la ayuda, mira la barra de hierro que el hombre sostiene en las manos temblorosas, casi con parkinson, y le pregunta qué le debe. «Nada, hombre, nada. No le quiero cobrar nada.» Se dan la mano y al taxista, caminando hacia su coche, todavía se le oye decir, «¡Lo que he sufrido! ».

Seguí permanece todavía unos momentos en la acera, mira a un lado y a otro de la calle. Se da la vuelta despacio y ve un poco más atrás a Teresita. Camina hacia ella. Se abrazan. Y se dirigen abrazados al portal. Suben. En la escalera está Heleni, sentado en el último peldaño y apoyado contra la pared, medio dormido, lloroso.

«Cuando entramos en casa, cuando acostamos a Heleni, Seguí se subió a una silla y cogió de la parte alta del armario la pistola. La había puesto allí para que los niños no la alcanzaran, y aunque le pregunté dos veces por qué no la había llevado esa noche, no me quiso contestar. Pero yo sé por qué lo hizo, por qué no la llevó. Porque yo lo acompañaba y porque venía Heleni con nosotros, y antes prefería que le dieran a él un tiro que se emprendiera un tiroteo y ponernos en peligro al niño o a mí. Por eso lo hizo. Ése era tu padre. Así», se quedó con la vista perdida Teresita Muntaner, casi cincuenta años después de aquella noche, contando a Huertas Clavería y a Teresa Seguí cómo

fue o cómo recordaba ella aquella noche del 9 de marzo de 1923.

“Yo pensé que lo matarían al día siguiente, y así fue. Con ese peso nos metimos en la cama, como quien se mete en un cajón, así lo digo, y yo con ella en el vientre, así eran las cosas en aquel tiempo. Así fueron.
»

Y ésa fue la noche en que Salvador Seguí anduvo perdido en una rara somnolencia que a veces se interrumpía y lo dejaba en un estado de máxima lucidez, o eso creía, hasta que de nuevo desaparecía en una hondonada que no era sueño ni miedo ni lucidez y apenas vida, con Teresa, a la que él quizás creía dormida, a su lado, girada de cara a la pared, despierta, ambos sin hablar, confiados en que aquella sensación se aliviaría cuando pasara la noche. A lo lejos se iban oyendo los golpes de una campana, se oían voces y risas de noctámbulos, pasos en las aceras, un eco de vida, el sonido tumultuoso de algún automóvil y la luz de sus faros barriendo el techo del dormitorio y haciendo que Seguí se quedara aún más quieto, temiendo que el coche se detuviera bajo su ventana. Volviendo a respirar cuando el sonido se alejaba y los faros parecían haber sido una alucinación.

Ése fue el día que amaneció brumoso, marcando una dudosa raya de luz, un resplandor mortecino, en el espejo del armario. Y allí, mirando aquel fulgor, o calmado por la quietud del amanecer, Seguí abrió la mano, dejó que sus dedos desprendieran el bocado de la sábana y se quedó dormido, cuando le quedaban doce horas de vida.

Teresita se levantó sin haber dormido, anduvo por la cocina, se asomó cada pocos minutos por la ventana, fue a mirar casi con la misma frecuencia a Seguí, impuso silencio a los niños, se sentó en el comedor, se acordó de Laguía, sentado en la misma silla, recordó a Pestaña y a aquellos hombres

en el teatro, se levantó y cocinó, y a las doce, oyó cómo Seguí se desperezaba en el dormitorio y sintió un vuelco de alegría y de terror al mismo tiempo, sintió deseos de ir hacia él apresuradamente, de quedarse donde estaba y romper a llorar, pero no hizo ni lo uno ni lo otro, se agarró a la mesa, se sostuvo, y siguió preparando la comida, quizás cortando verduras, fregando platos o añadiendo condimento a un guiso mientras le llegaban los sonidos cotidianos, ahora extraordinarios, de Seguí en el dormitorio. Allí, él vería aquel resplandor que los días de sol se producía en el vidrio de la ventana, aquel arcoíris pequeño que se insinuaba bajo los visillos.

Se levantó, se aseó y abrazó por detrás a Teresa al tiempo que le decía que iba a ver a Viadiu y casi al tiempo que ella le respondía que no saliera, que le hiciese ese favor y que se lo pedía como él le había pedido la noche antes que lo dejara estar, solo, en la calle. Seguí bromeó, para el caso que me hiciste, y Teresita, mirando al suelo, o a la mesa, o al lebrillo en el que flotaban verduras, le dijo, no salgas, te lo pido, y Seguí, serio, dijo, está bien, pero esta tarde viene Perones, tenemos que hacer el cobro del trabajo que le hemos hecho a Companys, y luego yo tengo un compromiso. Tú y tus compromisos, Seguí, tú y tus compromisos, adónde nos llevarán. Lejos, sonrió Seguí, y luego dijo que si había aguantado tantos meses en La Mola podría aguantar un rato preso en su propia casa y con mejor compañía.

Se sentaron a la mesa. Seguí comió mucho, «casi exageradamente, casi con desesperación o qué sé yo», le dijo Teresa Muntaner medio siglo más tarde al hombre que había ido a Toulouse para escribir un libro sobre el Noi del Sucre, aquel sindicalista que había agitado a los obreros de Cataluña y había desesperado a los patronos, y también le dijo Teresa que mientras comía, el Noi hablaba con Heleni de la función de la noche anterior, le hacía bromas y le prometía llevarlo a un circo que pronto llegaría a Barcelona.

Leones, payasos y trapevistas que vuelan por el aire y no se caen nunca, hombres con zancos para ver más lejos y dar pasos más largos que nadie. Te llevaré y lo verás y nunca se te olvidará.

Sesteó, cuando le quedaban tres horas de vida. Teresa durmió en la cama. Quizás una hora, o más, derrumbada por la mala noche que había pasado. «Y en ese tiempo no sé lo que hizo Seguí, sólo sé, y eso lo recuerdo bien, y ya ves, han pasado cincuenta años como quien dice, que me desperté como si viajara en un barco, aunque nunca monté en ninguno, pero era igual que si todo se hubiera ido lejos y todo se moviese, y no pienses que yo creo en premoniciones ni en cosas que no están en este mundo, pero fue una sensación muy cierta, aunque, claro, pasó en un momento, y todo se me acercó, no como si el barco llegara a alguna parte sino como si yo saliera del fondo del mar o de debajo de un líquido espeso. Para no llegar a ninguna parte. »

Poco antes de que dieran las siete llegó Francesc Comas Pagàs, Perones. Veintisiete años, de oficio vidriero, delgado, con las orejas despegadas del cráneo y su pelo espeso, «como una boina, serio, tan joven y tan formal, con su mujer que estaba como yo, embarazada, y traté de convencerlo de que dejaran el cobro y lo que fuese para cualquier otro día, le conté lo que había pasado la noche anterior, pero el que mandaba era Seguí. Me hizo unas morisquetas y se fueron. Los oí hablar por el hueco de la escalera, y ya no supe más, hasta que tres horas más tarde Viadiu y Maurín llamaron a la puerta».

Teresita Muntaner se quedó en aquel piso pequeño de la calle Valencia mientras Seguí y Perones caminaban un rato, montaban en un tranvía, bajaban, charlaban pasaban por el bar el Tostadero —allí, el camarero Saleri dio aviso a Homs y Homs a Feced—, tomaban un café y salían a paso algo más vivo. Había gente por la calle, Teresa va escuchando el subir y bajar de los vecinos por la escalera, los juegos de los niños, el bullicio de un sábado por la tarde con la primavera

apuntando por todas partes. Había tanta gente en la calle que los tres asesinos desisten de atacar en la plaza de la Universidad, junto al Tostadero, como tenían previsto, y siguen de lejos a sus víctimas hasta llegar a la Cadena. Y al llegar a la calle de la Cadena, Perones quiso comprar tabaco. Y Seguí le dice que lo espera en la puerta.

Todo fue muy rápido, del mismo modo que suceden los hechos intrascendentes. Igual que sucede todo. Pero, como siempre ocurre con esas cosas, luego viene la magnificación, la disección del tiempo, el desglose de lo que ocurrió y el ensamblaje de los diferentes detalles hasta crear una narración aproximada, medianamente verosímil de los hechos.

Hay una foto de esa calle de adoquines minutos después de que se produjera el atentado, y hay una foto de Seguí muerto. Los ojos y la boca entrecerrados, la mirada no del todo perdida. Parece que está abriendo los ojos al despertar de un mal sueño o que está a punto de llorar.

Alguna de la gente que aparece en la foto de la calle presenciaría lo ocurrido, una parte de ello, vería a un hombre correr, una pistola, el miedo o la cara de espanto de otro testigo, sin saber quién es víctima y quién asesino, o escucharía los disparos, las voces y las carreras. Están ahí, todavía sin querer marcharse, fascinados, mirando un vacío, el lugar donde hace unos instantes estaba el cadáver del Noi del Sucre, observando la mancha negra de la sangre en mitad de la calle. Hay ocho o diez niños. Un hombre con sombrero que sostiene un cigarrillo en la mano y observa de reojo a un guardia estático, otro hombre indiferente a todo que cruza la calle y camina junto al charco de sangre, apenas a veinte o treinta centímetros del manchón, lleva una gorra clara y el paso rápido. Una mujer saca a un niño de la escena, nadie parece hablar, sólo miran la nada, los adoquines, la sangre, el rostro de quienes como ellos están vivos.

Eran tres hombres, eso sí lo vieron muchos testigos. Nadie sabe de dónde salieron, por qué calle llegaron. Uno, vestido con una gabardina ligera y de color claro, Inocencio Fedec, es el que se dirige decidido hacia Seguí, por un lado, a grandes zancadas pero sin correr, y dispara, y al mismo tiempo los otros dos hacen varios disparos al aire para sembrar el pánico y ahuyentar a la gente, y es uno de esos dos quien apunta y dispara a Perones, que acaba de salir del estanco y resbala, quizás ya herido, cae y se levanta y recibe, ahora sí, un disparo en un costado que lo hace trastabillar, pero no se derrumba, corre como puede, se refugia en una carnicería, y ya no mira atrás y no ve el cuerpo de Seguí. Probablemente unos segundos antes ha visto cómo el hombre menudo y ágil se ha puesto al lado del Noi del Sucre y le ha colocado la pistola ante la cabeza al tiempo que Seguí lo reconocía y, sabiendo que iba a morir, se giraba y trataba de sacar su pistola del bolsillo, cuando ya era tarde, cuando ya estaba al otro lado de la nada, y quizás uno de los gritos, el grito primero que se oyó, fuera el de Perones advirtiéndole al Noi, pero ya había pasado todo. Corrieron los hombres, una mujer gateaba por la acera, con una herida de bala, se cerraban las puertas y la gente se apartaba de las ventanas.

El cuerpo de Seguí quedó en medio de la calle. Durante unos momentos un espasmo eléctrico le convulsionó una pierna. Luego nada. Quedó tirado como un maniquí que hubiera caído de un camión de mudanza. Un objeto olvidado y raro sobre un charco espeso, no demasiado abundante. Vestía un traje oscuro, unos botines de color rojizo. Un pañuelo blanco de seda, que no se manchó, al cuello. La gorra había salido disparada de su cabeza y quedó a su lado, como una seta gigante.

En el bolsillo izquierdo de la chaqueta le encuentran la nota que días atrás le ha enviado Francesc Macià advirtiéndole del peligro que corre. También un cargador suplementario para la browning. En la cartera, algo de dinero, unos papeles

con anotaciones sin importancia y una tarjeta que dice: «Salvador Seguí, pintor».

Taparon el rostro de Seguí con un saco. Momentos después, a un sindicalista que pasaba por allí, llamado José Gardeñas, le resultó familiar la indumentaria del muerto. Se acercó y levantó el saco. Reconoció al Noi del Sucre y se fue calle adelante repitiendo el nombre de la víctima a gritos.

La noticia corrió rápidamente. María Espés, la mujer de Ángel Pestaña, que vivía cerca, acudió con una sábana para cubrir dignamente el cuerpo de Seguí. Muy poco después apareció el juez y se llevaron el cadáver, al hospital Clínico. Los médicos que practicaron la autopsia, los doctores Liñana y Luanco, certificaron que tenía una única herida producida por arma de fuego, en la cabeza, con orificio de entrada en la región occipital, pero sin salida. La bala quedó alojada en la región frontal. La herida tenía una trayectoria de abajo hacia arriba. Seguí era bastante más alto que Feced.

Perones fue conducido desde la carnicería en la que se refugió al dispensario de la calle Marqués de Barberà. Por el camino, semiinconsciente, repetía una y otra vez, “¡Pobre Noi!”. Minutos después que él, llegan al dispensario varios compañeros. El médico de guardia lo tiene tumbado en una camilla, fuma un cigarrillo, habla con calma y dice que no puede hacer nada por salvarle la vida. Simó Piera, que es uno de los que acaba de llegar, saca una pistola y se la pone en la cara al médico, lo conmina a actuar. El médico, lívido, dice que allí no hay medios para intervenir y ordena que lleven al herido inmediatamente al hospital de la Santa Cruz. Lo ingresan en la sala de Santo Tomás, cama 15. Perones había recibido tres impactos. Dos en la pierna izquierda y otro en el lado derecho del tórax, con orificio de salida por la zona izquierda, que había afectado al pulmón derecho y al hígado. El estado es de máxima gravedad.

En la calle Valencia, Teresita Muntaner ha terminado de poner la cena a los niños cuando por el patio oye a un vecino comentar algo con la portera. Hablan muy bajo, Teresa escucha, dicen que ha habido un atentado en la calle de la Cadena, pero no puede entenderlo todo. A pesar de ello «el corazón me iba muy deprisa». Casi inmediatamente hay un revuelo en la escalera. Suben varias personas, llaman a la puerta. Teresa tiene ante sí a Josep Viadiu y a Joaquín Maurín. Antes de que le digan nada, pregunta, ¿Han matado a Seguí? Le responden que no, pero ella insiste, Sí, sí, sí, lo han matado. Los niños, sentados a la mesa, miran asustados bajo la lámpara en forma de barco.

Con la noche, alrededor del hospital Clínic se va reuniendo un grupo cada vez más numeroso de trabajadores y sindicalistas. Quieren ver el cadáver del Noi del Sucre. La policía acordona la entrada. Se reclama una actuación rápida de la justicia. Se lanzan amenazas. Se convoca una huelga.

Al amanecer hay cientos de personas en las inmediaciones del hospital. Barcelona entera está levantada. Las autoridades toman la decisión de sacar de allí el cuerpo del Noi a escondidas. Se decide que el entierro se celebre clandestinamente. La conmoción es máxima, mucho mayor que la prevista por quienes han organizado el asesinato. Y así se hace.

El lunes 12, a las cuatro de la tarde, entierran al Noi del Sucre en un nicho de Montjuich de forma anónima. Sin que nadie supiera nada ni asistiese ningún miembro de su familia ni ningún compañero del sindicato. Un grupo de policías escolta el féretro. Únicamente permiten que, como representantes legales, estén presentes Lluís Companys y Agustí Castellà, el joven amigo de la familia.

Companys, que años después, con los pies desnudos para poder pisar tierra catalana, será fusilado cerca de aquel lugar, despide así al Noi del Sucre, el miembro más vital del

triángulo inseparable que habían formado Layret, Seguí y él mismo.

El día siguiente muere Perones. La CNT se moviliza. Se convoca una multitudinaria manifestación en la plaza de Cataluña y desde allí se dirigen hasta la sede del gobierno civil, donde unos representantes del sindicato y de la familia de Francesc Comas, Perones, se entrevistan con el gobernador y pactan que el entierro no sea como el de Seguí. Salvador Raventós, el gobernador, íntimamente avergonzado por todo lo que ha sucedido con el Noi del Sucre, accede a que el de Perones sea público.

Doscientas mil personas se congregan en los alrededores del hospital de la Santa Cruz. Desde allí, el ataúd de Francesc Comas es llevado a hombros hasta el cementerio de Hospitalet. La conmoción es enorme. El funeral de Perones se convierte en el de él mismo y en el de su amigo Salvador Seguí. El Noi del Sucre y él son homenajeados, vitoreados, llorados y ensalzados. Joan Peiró, amigo de ambos y secretario general de la CNT, pronuncia unas emotivas palabras al pie de la tumba de Perones. Recuerda a los dos hermanos caídos juntos y promete justicia.

No la habrá. La policía inicia una tímida investigación. Dos días después del asesinato del Noi del Sucre es detenido un tal Luis Adset, cuya cartera se había encontrado a escasos metros del lugar en el que Seguí había caído muerto. Es interrogado una y otra vez, quizás como maniobra de distracción. El hombre declara no saber cómo perdió la cartera. Se trata, simplemente, de un curioso que se acercó a ver lo ocurrido una vez que habían acabado los disparos. Confiesa que se agachó a ver de cerca el cadáver de Seguí y piensa que fue en ese momento cuando la cartera cayó de su bolsillo.

Desde algunos medios oficiales y patronales insinúan, o declaran abiertamente, que Seguí ha sido asesinado por elementos radicales de la propia CNT. Los anarquistas lo

odiaban, se oye decir en más de un círculo. Nadie inquieta a Homs ni tampoco a Feced. Feced presumirá de ser él quien mató al Noi del Sucre. Nadie hace nada. Poco después la huelga cesa. La gente vuelve al trabajo.